

García Suárez, Pedro

Lecturas intelectuales o abstractas

In: García Suárez, Pedro. *Lectura e identidad de género : la imagen de la mujer lectora en la novela realista y naturalista española*. Primera edición Brno: Filozofická fakulta, Masarykova univerzita, 2016, pp. 43-58

ISBN 978-80-210-8297-7

Stable URL (handle): <https://hdl.handle.net/11222.digilib/135780>

Access Date: 17. 02. 2024

Version: 20220831

Terms of use: Digital Library of the Faculty of Arts, Masaryk University provides access to digitized documents strictly for personal use, unless otherwise specified.

2. LECTURAS INTELECTUALES O ABSTRACTAS

«La lectura de cualquier libro –observan Julia y Juan Méndez Aparicio–, por fácil que esto sea, obliga al cerebro a desarrollar una intensa actividad y a realizar complejas funciones en las que intervienen millones de células: en primer lugar, han de descifrarse los signos gráficos para formar palabras cuyo sentido hay que comprender; este proceso, que abarca múltiples niveles, contribuye poderosamente al desarrollo de la inteligencia.»
(Pérez-Rioja, 1986: 192)

2.1. La censura sobre la intelectualidad femenina

¿Qué lee la lectora objeto de esta investigación? Para comenzar a responder a esta pregunta, resulta esclarecedor detenernos primero en aquello que no se le permite realizar. Comenzando por las lecturas y, por ello, realizando un balance entre todas las que aparecen explícitas en las novelas propuestas, encontramos un claro desajuste entre los diferentes géneros, siendo el texto intelectual o abstracto el que aparece una menor cantidad de veces; en gran desproporción frente al resto. Pese a que nos hemos centrado en el análisis de una lectora intratextual, esta desigualdad es el reflejo de una realidad extratextual. Nos ofrece una buena primera idea la sátira publicada en 1808 –texto que es válido para analizar este objeto de estudio a pesar del lapso de tiempo ya que la posición de la mujer no evoluciona paralelamente al resto de cambios sociales– por José Vargas y Ponce: *Proclama de un solterón a las que aspiren a su mano*. En ella, se nos ofrecen las características que debía tener la candidata que pretendiese casarse con él:

Capítulo 2. Lecturas intelectuales o abstractas

¿De nada ha de hacer gala? Sí: de juicio.
¿No ha de tomar noticias? De sus eras.
¿Jamás ha de leer? No por oficio.
¿No podrá disputar? Nunca de veras.
¿No es virtud el valor? En ellas vicio.
¿Cuáles son sus faenas? Las caseras;
Que no hay manjar que cause mas empacho
Que muger trasformada en marimacho. (Vargas y Ponce, 1808: 12)¹

A todos los efectos, este tipo de lectura es una actividad censurada en una mujer. La causa estriba en la concepción que subyace en el inconsciente colectivo sobre esta en la España decimonónica². Por hacernos eco de un testimonio de la época, escogemos la exposición clara y concisa de Concepción Arenal en *La mujer del porvenir* (1993: 59) para explicarnos la estructura en que se sustenta este dibujo:

Después de haber manifestado que las contradicciones en las leyes y en las costumbres con respecto a la mujer prueban los errores que acerca de ella existen, nos parece lógico investigar si su inferioridad social es consecuencia de su inferioridad orgánica; si así como su sistema muscular es más débil, su sistema nervioso es también más imperfecto; si hay en ella una desigualdad congénita que la rebaja; si su cerebro, en fin, es un instrumento del alma menos apropiado que el del hombre para las profundas meditaciones y los elevados pensamientos.

Como pilar central, percibimos la creencia generalizada de que la mujer es intelectualmente inferior al hombre. Un razonamiento que se desarrolla en el discurso médico científico. A este respecto, cobra una gran importancia la frenología, pudiéndose destacar la figura de Joseph Gall. Esta disciplina extrae sus conclusiones a partir del tamaño del cerebro de la mujer y del hombre³.

1 Pese a su distancia respecto a la época tratada, la utilización de este texto se justifica en lo esclarecedor que resulta, poniendo de manifiesto las características que se buscaban en una esposa modelo.

2 En relación a la importancia que el inconsciente colectivo ostenta en un análisis textual, baste exponer las reflexiones de Ferreras (1988: 13): “Entendemos también, y ahora hablamos desde una Sociología de la Literatura, que lo importante en toda historia literaria es lograr describir una conciencia colectiva, un sujeto colectivo caracterizado por poseer una misma visión del mundo; este sujeto colectivo está compuesto por diferentes conciencias individuales que guardan su personalidad, su individualismo, pero todos ellos coinciden en admitir ciertas reglas de pensar, un modo de racionalidad que les es único”. Por otro lado, a propósito de las consideraciones que se cernían sobre la mujer, apunta Concepción Saiz (1929: 29): “¿No tenía la mujer capacidad para cultivar su intelecto? Así debían creerlo aquellos que la definían como «ser de cabellos largos e ideas cortas»”.

3 Esta importancia otorgada al tamaño cerebral es central en sus investigaciones: “Joseph Gall (1758-1828), fue el primero en tomar en serio la idea de que el cerebro era el órgano de la mente, de manera que investigó la relación entre cada región cerebral y la supuesta facultad mental correspondiente” (Fiol y Ferrer, 2003: 121).

En segundo lugar, la ciencia aporta pruebas sobre esa relación de causalidad directa entre las diferencias físicas de los sexos y sus capacidades y aptitudes. Así la frenología infiere que del menor tamaño del cráneo femenino se deriva la menor dimensión de su cerebro y, consecuentemente, su menor capacidad intelectual. (Capel Martínez, 2006: 26)

Aunque basándose en hechos diferentes, también la anatomía-fisiología va a incidir sobre la supuesta fundamentación biológica de estas limitaciones intelectuales, que se convierte en una de las principales razones esgrimidas para evitar su acercamiento a la lectura. Este hecho cobra una importancia especialmente relevante dada la gran credibilidad de estos supuestos científicos en el momento histórico al que nos enfrentamos.

A este argumento se le suma una supuesta inferioridad física explicada por la falta de este tipo de educación en su plan formativo, correspondientemente argumentado en el entramado patriarcal. Cuenta Pardo Bazán (1999c: 155) cómo un día que fue a un gimnasio a informarse acerca de las razones por las cuáles no se permitía a la mujer acceder al ejercicio de *picas*, la contestación fue rotunda: “ese ejercicio influía perniciosamente en la mujer, creándola un carácter agresivo y batallador”. Sin embargo, la autora era consciente de lo que subyacía bajo ese discurso: “en nombre de la incumbencia de guardar la casa y de no ponerse en peligro de ver ni de ser vista”. A este respecto, apunta Michelle Perrot (1993: 8):

Por lo que respecta a los médicos, grandes expertos del siglo, se esfuerzan en fundamentar en lo natural la exclusión de las mujeres de lo público y, sobre todo, de lo político. ¿No basta con la biología y la anatomía como indicadores de la inferioridad de las mujeres? Su debilidad les impide acceder a las armas, la maquinaria pesada, los trabajos que exigen fuerza, que marcan con su sello la producción industrial [...]. Eternamente enfermas, siempre «impedidas» para actuar, quedan destinadas a la residencia, a la sombra de sus padres o de sus maridos. (8)

Asimismo, las teorías frenológicas propugnadas por el reputado científico citado pretenden demostrar que el *bello sexo* posee un sistema nervioso imperfecto –causa que, frente a sus teorías, Concepción Arenal (1993: 90) atribuye a “la inacción de sus facultades más nobles”– y más irritable que el de los hombres, además de argumentar la predominancia de la dimensión sentimental en ellas. De esta manera, se explica la última frase del texto extraído de Arenal que trata sobre el uso del cerebro al servicio del alma, y es que “sus facultades afectivas se han reconocido antes que sus facultades intelectuales” (93).

Como resultado, el prototipo de hombre ilustrado Máximo Manso ni siquiera cree posible que la lectura oculta de Irene sea cualquiera de sus trabajos intelectuales porque, dada “la aridez de estas materias”, la heroína no ha querido reconocer “que leía estas cosas por no aparecer ante mí como pedantesca y marisabidilla”

Capítulo 2. Lecturas intelectuales o abstractas

(Pérez Galdós, 1999: 107). En este caso, el personaje no se ha equivocado en sus cábalas porque, incluso con una educación *brillante*, Irene no es capaz de entender un tipo de texto abstracto o de carácter intelectual: “-¿Y dando lecciones de lo que no entiendo bien...?” (112). Ni es capaz de entenderlo ni pretende conseguirlo. La lectora responde al patrón deseado porque es capaz de autorregularse en sus expectativas. Ella misma extingue toda curiosidad por acercarse al código normativo masculino generado en su infancia. Llega a aborrecer la lectura formativa, obedeciendo así a una realidad social en la que la “función de promover «los conocimientos útiles», aparece asignada a los hombres; la que corresponde al mundo del espíritu [...] queda atribuida a la mujer” (Gómez-Ferrer, 1982: 172)⁴.

Pero como yo me guardaba bien de contarle a usted mis pensamientos, usted no me comprendía bien... Usted veía y admiraba en mí a la maestra, mientras yo aborrecía los libros; no puede usted figurarse lo que los aborrecía y lo que ahora los aborrezco... Hablo de esas tremendas gramáticas, aritméticas y geografías... (Pérez Galdós, 1999: 285)

2.2. Pretensiones lectoras respecto a un texto intelectual

Sin embargo, otras lectoras no son tan ideales como Irene y sí que tienen claro a dónde pretenden llegar con sus *sabidurías*. En este sentido, podemos establecer una clara relación entre Tristana y Fe Neira. Ambas protagonistas se acercan a todo tipo de manuales que puedan formarlas: medicina, historia, filosofía, etc. con el objetivo de poder alcanzar un trabajo que permita su emancipación. Tal y como comenta Sáez Martínez (2008: 40-41), “la literatura sería, lo intelectual es terreno vedado para la mujer”.

La diferencia principal reside en la prevalencia que otorga Fe Neira al conocimiento extraído frente a la prioridad de encontrar trabajo por parte de Tristana. Esta superioridad intelectual de Fe es aún más agresiva en la erosión de fronteras genéricas al entender el aprendizaje como medio de realización personal. Pese a ello, también parece advertirse el disfrute del mero hecho de aprender en la heroína galdosiana: “Quiero saber, saber, saber” (Pérez Galdós, 2008: 215).

La preocupación intelectual manifestada a lo largo de toda la novela provoca que Fe quede convertida en una de las más fervorosas lectoras de entre todas las propuestas en esta investigación, respondiendo así a la idea que Pardo Bazán proyecta en sus personajes femeninos lectores, ya que “sostiene que la mujer sí puede ser una lectora sin que ello le afecte, o sin que descarrile su vida y enloquezca” (Acevedo-Loubriel, 2000: 24). Una tesis matizable, ya que, en muchas de sus no-

⁴ Es decir, “la oposición masculino/femenino es asumida como algo natural y constitutivo de la base sobre la cual se erige toda otra serie de oposiciones: público/privado, razón/emoción e intelectual/moral” (Blanco, 1998: 20).

velas, no deja de introducir lectoras que responden a la imagen más generalizada de este figura y cuyo ejemplo más claro lo encontramos en Leocadia Otero, protagonista de *El cisne de Vilamorta*.

Retomando a Fe Neira, no perdamos de vista que esta actividad es fruto de la generosidad de los hombres que la rodean. Gracias a Sobrado, consigue “dos novelas de Víctor Hugo”. Moragas le trae “obras de Camilo Flammarion” y don Tomás Llanes le regala “unos novelones muy disparatados de ladrones y de moros” (Pardo Bazán, 1999b: 737).

En la descripción que realiza la propia heroína de los libros a los que accede –“ Leería toda la biblioteca del Puerto de un tirón. Hasta me zampo los libros de Argos Divina, la *Filotea*, los escritos de Santa Teresa y los del Padre Faber... Si ya sé mucho; sé más de lo que parece” (737; cursivas del texto)–, merece ser destacada la pluralidad de tipologías textuales que confluyen en su actividad lectora. A este respecto, interesa tomar la idea de Nora Catelli (1995: 127) acerca del modo de leer de la heroína decimonónica como extensión de su privacidad. Fe Neira, al no asumir esta disposición frente al texto y aplicar la que podemos denominar como *lectura emancipada*, está preparada para afrontar cualquier tipo de lectura. Además, observamos una semejanza clara con Gloria ya que, al igual que esta, nuestra protagonista hace gala de esa manera de leer emancipatoria, en el sentido de comprender este ejercicio con el objetivo de entender el mundo: “Además, a esa niña, hoy por hoy, sin cuidado la tienen los hombres y el dios Cupidillo. Lo que la hierve en los sesos es el afán de estudiar, de saber, y de aprovechar y lucir su sabiduría” (Pardo Bazán, 2004: 190-191).

Entre tanto texto, el mayor grado de conocimiento lo obtiene en la disciplina médica, dado que la gran mayoría de los libros a los que consigue acceder se incluyen en este campo científico. Resulta paradójico que la lectora sepa tanto de esta ciencia, cuando las ideas concernientes a esta disciplina eran las principales sustentadoras de la sociedad patriarcal. Posee el conocimiento suficiente para realizar una crítica a Mauro, un hombre culto con una gran cantidad de lecturas a sus espaldas.

En esta línea, Lina se aproxima también a los textos prohibidos. En base a ellos, la heroína es capaz de conformar la vasta cultura de la que hace alarde, además de su carácter independiente, resolutivo y confiado. Específicamente sabemos que ha leído a los clásicos, manuales de latín y de historia, e incluso sobre arqueología. Podemos suponer que existen más lecturas aún, pero no aparecen especificadas.

Sin embargo, de manera contraria a las anteriores heroínas, todas sus lecturas –la mayoría no explícitas– tendrán como consecuencia que esta lectora consagre su vida a la búsqueda del amor. A pesar de ello, va a encontrar un problema, dado que sus libros no le enseñan a amar. Finalmente, dada la imposibilidad de disfrutar ese amor idealizado encarnado en ningún ser mortal, acabará por apaciguar su anhelo amoroso a través de Dios. Sin embargo, esta variación no supone

Capítulo 2. Lecturas intelectuales o abstractas

una aceptación de las reglas de juego *femeninas*, ya que manifiesta la pretensión de descubrir el amor carnal, llevando a cabo su objetivo a través del teatro. Esta inquietud no es individualmente generada, sino que supone la contestación a la influencia de las ideas volterianas de su maestro y del discípulo propuesto como marido para Lina, quien concibe el pudor de las mujeres frente al sexo como una creación meramente social y ridícula⁵.

Asimismo, en la obra galdosiana podemos encontrar personajes que escapan a la representación predominante de una lectora intratextual que “la mujer puede tomar como ejemplo [para rechazar] la lectura libre y sin dirección para evitar su perdición” (Acevedo-Loubriel, 2000: 32).

Recién abandonado el colegio en que se *forma* académicamente, Gloria Lantigua comienza a ofrecer las primeras muestras de una gran inteligencia e inquietud por el conocimiento. Al escuchar como su padre se sume en una honda reflexión acerca de la unidad religiosa impuesta a los Estados después de la unidad política, nuestra protagonista manifiesta su primer juicio sobre estos hechos históricos:

Un día, como Gloria, viéndole sumergido en hondos comentarios sobre la unidad religiosa impuesta a los Estados después de la unidad política, le dijese que en su sentir los reyes de España habían hecho mal en arrojar del país a los judíos y a los moros... (Pérez Galdós, 2011a: 186)

Este acontecimiento nos ofrece las claves principales para entender las características que van a marcar a esta heroína como lectora. Por un lado, tenemos el hecho de que las lecturas van a servirla para fomentar su pensamiento y, por otro, nos encontramos ante la circunstancia de que cualquier manifestación explícita de su raciocinio va a ser rápidamente censurada por algún personaje, masculinos en su mayoría. Don Juan de Lantigua ante la exposición del juicio de su hija “abrió muchos los ojos” y, asombrado, le dijo: “-Eso es saber más de la cuenta. ¿Qué entiendes tú de eso? Vete a tocar el piano” (186).

Esta actitud paternal resulta algo contradictoria ya que, desde el principio, va a promover el acercamiento de su hija a la lectura. Si observamos ahora la prevalencia del tipo de texto intelectual y abstracto en Gloria, percibimos que no va a ser el tipo predominante. Sin embargo, ostenta una gran importancia dado que son las primeras lecturas a las que Gloria se acerca. Estos primeros autores son Quevedo, Navarrete y Saavedra Fajardo. En ellos, Gloria va a poder conseguir información y formación sobre política aunque, con la tónica general de toda la obra, siempre desde una perspectiva cristiana.

5 A pesar de la supuesta ideología liberal de don Antón de la Polilla, este considera que la mujer necesita un hombre a su lado.

Dentro de este primer grupo, lo primero que debemos apuntar es que la lectura no va a ser realizada de manera solitaria. La heroína debe leer en voz alta para que su padre pueda seguir leyendo, debido a sus problemas de visión. Por lo tanto, esta lectura está imposibilitada para sustraerse de las respectivas reflexiones paternas: “leer en voz alta con otra persona en la habitación implicaba una lectura compartida, de manera deliberada o no” (Manguel, 2005: 109). Los comentarios críticos del padre sobre los libros se mezclan junto con el contenido de las lecturas por lo que, aunque no se explicita, no nos hallamos ante un proceso de análisis y asimilación de ideas individual y libre, sino tamizado y ampliado por las ideas de Don Juan Lantigua.

Sobre Navarrete y Saavedra Fajardo no sabemos los textos específicos que selecciona, pero sobre Quevedo sí que se nos ofrece información más concreta. Y, así, conocemos que leyó en voz alta “*la Vida de San Pablo Apóstol, La Cuna y la Sepultura y Las cuatro pestes del mundo*. Después se engolfó en la *Política de Dios y Gobierno de Cristo*” (Pérez Galdós, 2011a: 188-189). Todo ello por la preocupación paternal acerca de una posible desviación de un adoctrinamiento católico, por “apartarla de ideas tan peligrosas” como las que su hija profesa.

Por lo tanto, la heroína galdosiana consigue a través del ejercicio lector llegar al objetivo que Fe Neira se propone. Recordemos que, por más que la heroína pardobazaniana acude a todo libro disponible, no consigue extraer un aprovechamiento adecuado. En contraposición, a través de un ejercicio imitativo, la heroína galdosiana asume la manera crítica y reflexiva de enfrentarse no solo a un texto, sino al conocimiento en general. Finalmente, tomando como base esta asunción, la heroína supera la lectura unidimensional y fanáticamente religiosa de su padre: “Gloria lee de manera distinta que su padre [...]. Gloria disiente de su padre. A las verdades eternas, opone el conocimiento histórico de lo que cada cosa significa en un tiempo dado” (Benítez, 1990: 54).

La lectura de carácter intelectual también es un punto clave en el desarrollo del personaje de Amparo; sin embargo, su disposición ante ella difiere considerablemente de la que muestran Fe o Gloria. Aunque los periódicos progresistas ejercen una influencia determinante en su vida, resulta más importante exponer que realiza esa lectura sin juicio ni crítica alguna, asumiendo así el texto un protagonismo esencial como conformador del imaginario en que se mueve:

Al comunicar la chipa eléctrica, Amparo se electrizaba también. Era a la vez sujeto agente y paciente. A fuerza de leer todos los días unos mismos periódicos, de seguir el flujo y reflujo de la controversia política, iba penetrando en la lectora la convicción hasta los tuétanos. La fe virgen con que creía en la prensa era inquebrantable, porque le sucedía con el periódico lo que a los aldeanos con los aparatos telegráficos: jamás intentó saber cómo sería por de dentro; sufría sus efectos, sin analizar sus causas [...]. Lo

Capítulo 2. Lecturas intelectuales o abstractas

que en el periódico faltaba de sinceridad sobraba en Amparo de crédulo asentimiento. (Pardo Bazán, 1999d: 461)

Esto es debido a que Amparo aborda el ejercicio lector de manera *típicamente femenina*; es decir, como incentivo para salir de una vida que no le ofrece ningún estímulo⁶. Una tabla de salvación para el náufrago que se ahoga. Y es que, “en medio de la vulgaridad e insulsez de su vida diaria y de la monotonía del trabajo”, para la heroína “tales azares revolucionarios eran poesía, novela, aventura, espacio azul por donde volar con alas de oro. Su fantasía inculta y briosa se apacentaba en ellos” (505; cursivas del texto).

La lectura de periódicos progresistas va a ser la que marque su condición de lectora y, en este caso, su condición como mujer republicana. Es la primera vez que asistimos al hecho de que, inconscientemente, la lectura va a convertir a nuestra heroína en una insubordinada totalmente reaccionaria frente a las condiciones de su clase social y el sexo al que pertenece⁷. En varias ocasiones, queda demostrado como Amparo no entiende la mayor parte de las cosas que lee y defiende.

Pese a ello, va a servirle como sustento para ganarse la vida⁸. Más adelante, como medio para reivindicar sus derechos de clase y género. Asimismo, la lectura es utilizada para la propagación de sus ideas a otras mujeres. No obstante, Amparo no parece consciente de toda la repercusión que origina el hecho de que quede convertida en la lectora principal de la Fábrica de cigarros donde comienza a trabajar⁹: “Desde el momento del ingreso de Amparo en la fábrica de tabacos, la lectura femenina va vinculada con la revolución social” (Tsuchiya, 2008: 143).

En suma, podemos comprobar cómo el acceso de la mujer a la lectura en la sociedad decimonónica también tuvo un papel fundamental para la clase obrera. La mera presencia de una sola lectora en un grupo compuesto por mujeres era suficiente para difundir el contenido del texto. Por lo tanto, en determinados círculos donde esta existiese, podría atenuarse el hecho de que “lo que parece claro

6 Respecto a la forma en que aborda la lectura, Sotelo Vázquez (2007: 92) equipara las figuras de Amparo y Don Quijote: “Los peligros de confundir la lectura con la vida son evidentes. Amparo, como le ocurría al noble hidalgo manchego, los confunde porque proyecta el fervor revolucionario de la prensa sobre la sórdida y mísera vida cotidiana”.

7 Aunque ya podemos observar ciertos atisbos emancipadores sin relación alguna con la lectura. El mejor ejemplo es el hecho de que valora positivamente su ingreso en la Fábrica de cigarrillos porque se siente, en cierta medida, independiente: “Otra causa para que Amparo se reconciliase del todo con la Fábrica, fue el hallarse en cierto modo emancipada y fuera de la patria potestad desde su ingreso” (Pardo Bazán, 1999d: 447).

8 Esto sucede cuando el barbero paga a nuestra protagonista para que le lea los diferentes periódicos debido a su mala visión.

9 En la Fábrica “queda patente la fuerza de la palabra escrita, el extraordinario poder de la prensa periódica sobre todas aquellas cigarrerías, la mayoría analfabetas, convertidas precisamente por el influjo de aquella en las más ardientes defensoras de la idea federal” (Sotelo Vázquez, 2007: 87).

en los mundos novelescos, es que la mujer de clase media, a diferencia del pueblo, sabe leer y escribir” (Gómez-Ferrer, 1982: 164):

La Fábrica de Tabacos de Marineda fue centro simpatizador (como ahora se dice) para *la federal*. De la colectividad fabril nació la confraternidad política; a las cigarreras se les abrió el horizonte republicano de varias maneras: por medio de la propaganda oral, a la sazón tan activa, y también, muy principalmente, de los periódicos que pululaban. Hubo en cada taller una o dos lectoras; les abonaban sus compañeras el tiempo perdido, y adelante. Amparo fue de las más apreciadas, por el sentido que daba a la lectura; tenía ya adquirido hábito de leer, habiéndolo practicado en la barbería tantas veces. (Pardo Bazán, 1999d: 460; cursivas del texto)

En la Fábrica se leían “tanto publicaciones de Madrid como prensa local” (Sotelo Vázquez, 2007: 89). Además, se embebían con “extensos artículos de fondo, que contenían los principios del socialismo democrático: el derecho a la asistencia, al trabajo, a la instrucción, al sufragio universal”. Por otro lado, no debemos olvidar la presencia del género panfletario, que aparece descrito como un excitante que revoluciona a todas las cigarreras.

Dentro de todos, resulta importante destacar la función que ejercen los periódicos locales tanto en Amparo como en sus compañeras. La cercanía de una noticia permite una mayor identificación e implicación del lector con el texto; y si a su lectura la mezclamos con la de periódicos sensacionalistas, directamente dirigidos a la parte emocional del lector o la lectora, podemos llegar a entender mejor la evolución tan radical que sufre Amparo hasta convertirse en una feroz revolucionaria. Igualmente, resulta destacable la importancia que toma “la representación gráfica de las dos formas de gobierno, con una manifiesta intencionalidad en los motivos elegidos” (92). Teniendo en cuenta el analfabetismo general de la Fábrica, las diferentes representaciones políticas introducidas en sus páginas van a enviar un mensaje directo a cada una de estas lectoras pasivas que, inconscientemente, van a asumir, afianzando la ideología propagada por la lectura de Amparo.

Aunque mucho más parodiado, en *Lo prohibido* volvemos a encontrarnos con otro personaje que se acerca a esta lectora intelectual. Sin embargo, esta actitud no es más que pura artificialidad en María Juana. Sus supuestos conocimientos extraídos de los libros se reflejan en sus conversaciones, de las cuales “se desprendía un tufillo puritano, una filosófica reprobación de las farsas sociales” (Pérez Galdós, 2001: 23). Asimismo, se incide en la vanalidad de sus reflexiones, poniendo el énfasis en la vacuidad de sus lecciones, ya que “daba curso a esas resobadas frases que parecen un fenómeno atmosférico”.

Más adelante, el narrador expone con un mayor detalle cuáles son estos libros. Lecturas abstractas, intelectuales, nada propicias para la mujer dadas las características que se le presuponen. Desde obras pertenecientes a “nuestra literatura” y

Capítulo 2. Lecturas intelectuales o abstractas

a “la francesa”, hasta “los italianos Amicis, Farina y Carducci”, incluso “apechagaba sin melindres con Renan y otros de cáscara muy amarga, y algo se le alcanzaba de Spencer, traducido” (316).

Por otro lado, el auto-convencimiento acerca la superioridad intelectual de la heroína conduce a la exhortación continua al protagonista masculino para que cambie el rumbo de su vida. Su discurso es una mezcla de instrucción moral e intelectual basada en sus lecturas. Tal y como él lo expresa, “hablóme como hablan los médicos con los enfermos a quienes de veras quieren curar, y concluía con exhortaciones cariñosas, inspiradas en sus lecturas; todo muy discreto, juicioso y hasta un tantillo erudito” (317).

En estas exhortaciones, el tema central resulta ser el control de las pasiones: “Varias veces promulgó cosas muy sabias sobre los males que nos produce el no vencer nuestras pasiones” (317). Paradójicamente, será su debilidad ante este punto la que consiga derribar su falsa postura intelectual¹⁰.

En otro orden de cosas, en relación a la lectora evasiva, aunque resulte extraño si tenemos en cuenta toda la evolución del personaje, Isidora Rufete se acerca al tipo textual más apegado al conocimiento. Resulta curioso encontrar, al lado de las novelas, en la habitación que más frecuenta en su piso de la calle Hortaleza, un diccionario de lengua castellana. Esto demuestra que Isidora no se conforma con su ignorancia:

Sobre ésta se elevaba un montón de cosas revueltas, en cuya ingente masa podían distinguirse cajas de sombreros y cajas de sobres estropeados, libros, líos de ropa, un álbum de retratos, un diccionario de lengua castellana y un caballo de cartón. (Pérez Galdós, 2011c: 292)

No se puede hablar de una gran inquietud por el conocimiento, pero tampoco de un total abandono. Sus grandes expectativas son las que generan este aliciente por el conocimiento por el simple hecho de estar a la altura de su próxima posición: “-Yo no quiero ser sabia, vamos, sino saber lo preciso, lo que saben todas las personas de la buena sociedad, un poquito, una idea de todo..., ¿me entiendes?” (124).

Esta situación se explica a través de la evolución de la mentalidad social a lo largo del siglo. Al igual que la moda se presenta como un signo de diferenciación social, la instrucción básica va a presentarse como un instrumento de preservación de clases. Así lo muestra Gómez-Ferrer (1982: 165):

10 Su amor hacia José María se va haciendo cada vez más palpable a lo largo de la novela. María Juana llega incluso a imitar a Camila para hacerse deseable a sus ojos: “a mí se me figuraba ver a María Juana en una crisis de ánimo y propendiendo a asimilarse, en la medida de lo posible, las formas del carácter singularísimo de su hermana Camila” (Pérez Galdós, 2001: 433).

Pero con el correr del siglo, el proceso de alfabetización va permeabilizando a la sociedad española, al menos en determinados sectores, de tal modo que el conocimiento de las primeras letras se ha convertido en un signo de *status*, y «hoy un marido burgués –escribe Pardo Bazán– se sonrojaría de que su esposa no supiera leer ni escribir».

2.3. La aplicación de sus facultades intelectuales en el ámbito laboral

Una vez extraídas las representaciones en torno a este tipo de lectora, cabe apuntar otra de las causas reales y, además, de carácter extratextual, por la que encontramos tan escaso número de heroínas con este tipo de inquietud. Si se toma como base la creencia apuntada al principio acerca de la casi *minusvalía* intelectual de la mujer, se comprende que:

La ley prohíbe a la mujer el ejercicio de todas las profesiones: sólo en estos últimos tiempos se la ha creído apta para enseñar a las niñas las primeras letras [...]. Su trabajo queda reducido a ocupaciones cada día menos retribuidas [...]. Si se exceptúa alguna artista, alguna maestra y alguna estancquera, en ninguna clase de la sociedad la mujer puede proveer a su subsistencia y la de su familia. (Arenal, 1993: 84-85)

Existe un convencimiento generalizado que entiende que “el matrimonio es la única carrera de la mujer” (85) y, por lo tanto, el único propósito para el cual debe prepararse. Una vez conseguido, debe poner todo su empeño en conseguir ser ese perfecto *ángel del hogar* –como lo define Pardo Bazán: “un ser que no debe mancharse las alas en el barro de la tierra” (Pardo Bazán, 1999a: 207)– y, por lo tanto, seguir alejada de todas aquellas facetas que, según la sociedad patriarcal, puedan pervertir su idealidad *femenina*.

La permisividad lectora de este tipo de textos por parte de la sociedad patriarcal hubiese supuesto una apertura de los horizontes laborales. Es decir, si se comprende que la mujer puede adquirir el conocimiento de la misma forma que puede hacerlo un hombre, entonces no existiría justificación posible para vedarlas el acceso al ejercicio de puestos que requiriesen una carga intelectual.

Al existir esta limitación, las ocupaciones laborales que puede ocupar una mujer son bastante escasas: “soltera, casada o viuda, es tenida y se tiene por incapaz de ninguna profesión que exija inteligencia, y esto es lo más grave de todo” (Arenal, 1993: 84). A este respecto, Saturna –criada de Tristana–, como Sancho Panza, es extremadamente realista y, de esta manera, consciente de la situación real que vive la mujer en este momento¹¹.

11 En el estudio preliminar de la edición escogida de *Tristana*, Isabel González y Gabriel Sevilla realizan estos apuntes en torno a la figura de Saturna: “Así pues, la criada de don Lope es una mujer lúcida, que da muestras de poseer un carácter varonil y que parece decidida a enfrentarse con

Capítulo 2. Lecturas intelectuales o abstractas

A través de ella conocemos las diversas profesiones a las que se permite dedicarse a una mujer. Como ya podríamos dilucidar, estas son escasas, mal remuneradas y poco accesibles¹². Esta situación es expuesta por Galdós a través de los personajes de las huérfanas Amparo y Refugio en *Tormento*, siendo especialmente esclarecedor en relación a la realidad que enfrenta una mujer soltera:

Luego que a su padre dieron tierra, instaláronse las dos huérfanas en la casa más reducida y más barata que encontraron, e hicieron ese voto de heroísmo que se llama *vivir de su trabajo*. El de la mujer sola, soltera y honrada, era y es una como patente de ayuno perpetua [...]. (Pérez Galdós, 2007: 164; cursivas del texto)

Por esta razón, Refugio justifica su modo de vida ante su hermana, la cual reprende su búsqueda de sustento en ocupaciones lejanas al espacio doméstico. Amparo la exhorta al abandono de su puesto como modelo de pintores: “Mejor sería que cosieras y estuvieras en casa. ¡Ay! hermana, tú acabarás mal...” (221). Sin embargo, la heroína se siente incapaz de satisfacer sus necesidades básicas a través de la costura, una de las profesiones socialmente aceptables para una mujer soltera.

La enumeración de Saturna es ampliada en el prólogo de la edición escogida de Tristana: “institutriz, estanquera, telegrafista, telefonista” (Pérez Galdós, 2008: 57). Y, como ya hemos visto, podríamos apuntar otras como las de costurera o criada, aunque ya más propias de las clases sociales más bajas. En realidad, se trata de aquellas alejadas de cualquier requerimiento intelectual: “Nótese que la gente [...] siempre está dispuesta a horripilarse si se habla de médicas, abogadas y catedráticas” (Pardo Bazán, 1999e: 296). Como transfondo, no se deben perder de vista los contenidos insertos en cada género.

Debido a ello, con el objetivo de completar el muro que separa a la mujer de estas profesiones, se les proporciona un tipo de educación insustancial, propicio para su desenvoltura en sociedad. Como resultado, aunque Tristana no piensa resignarse a observar el mundo desde la barrera...

Yo quiero vivir, ver mundo y enterarme de por qué y para qué nos han traído a esta tierra en qué estamos. Yo quiero vivir y ser libre... Di otra cosa: ¿y no puede una ser pintora, y ganarse el pan pintando cuadros bonitos? [...]. ¿Y no podría una mujer me-

cualquier situación adversa. Tristana depende totalmente de esta mujer de la estirpe de Sancho Panza, ya que no sabe llevar una casa, ni hacer frente a las necesidades cotidianas, ni orientarse para moverse sola en la ciudad” (Pérez Galdós, 2008: 54).

12 Saturna se expresa de este modo acerca de la pretensión de ser escritora por parte de Tristana: “-¡Ay, señorita -dijo Saturna sonriendo y alzando sus admirables ojos negros de la media que repasaba-, qué engañada vive si piensa que todo eso puede dar de comer a una señora honesta en libertad! Eso es para hombres, y aun ellos...” (Pérez Galdós, 2008: 140).

terse a escritora y hacer comedias... libros de rezo o siquiera fábulas, Señor? Pues a mí me parece que esto es fácil. (Pérez Galdós, 2008: 139)

...no deja de ser consciente de las limitaciones ocasionadas a raíz de su desastrosa educación¹³. La indiscutible creencia de Tristana acerca de la imposibilidad de introducirse en el mundo laboral por sus carencias formativas es altamente subversiva dado que, el mero hecho de exponer esta ecuación causa-consecuencia, elimina toda posibilidad de atribuir la negación de la actividad laboral a una supuesta inferioridad congénita atribuida a su sexo¹⁴.

Unos vacíos educacionales que también sufre Fe Neira, aunque la heroína parodobaziana va a suplirlos a través de la búsqueda ávida y la lectura analítica de todos los libros a los que es capaz de acceder.

En realidad, como han puesto de manifiesto las «filosofías de la sospecha», la adquisición del saber científico por cauces «oficiales» les estaba vedado a las mujeres porque representaba una herramienta para introducirse en la dinámica de la vida pública a través del reconocimiento de su labor y, en definitiva, porque este era el único cauce para conseguir el poder, a todas luces considerado como un «bien escaso». (Roldán, 2008: 56)

De esta manera, Fe va a rebelarse contra la educación que se entendía propia para el sexo femenino y va a alcanzar grandes cotas de conocimiento. Pese a todo, Tristana, lo mismo que Fe, hace gala de una gran inteligencia y habilidad. Demuestra tener aptitudes para casi todo lo que se propone y posee una gran memoria (Pérez Galdós, 2008: 213-214). Por esta razón, nuestra protagonista baraja otras posibles opciones como el Gobierno o la enseñanza de lenguas. En este punto, percibimos una similitud importante en relación a Fe Neira: la gran confianza en sí misma, que va creciendo a lo largo de la novela.

2.4. Conclusiones:

Expuestas estas consideraciones, observamos entonces la gran vigilancia existente en torno a la mujer en el espacio propuesto para ellas; es decir, su posible esclavización en la categoría de lo *femenino*. Con el propósito de desterrarla de un es-

13 La autora, totalmente consciente de la importancia de la inclusión de la mujer en la enseñanza oficial, siempre estuvo defendiendo este acceso para las generaciones posteriores: “Como lógica derivación de tal derecho, la autora reclama algo que a ella misma se le había negado [...] pero que está dispuesta a conseguir para las nuevas generaciones” (González Herrán, 2008: 358)

14 Comenta Faus Sevilla (1972: 197) cómo Tristana “adelantándose a la generalidad de las mujeres de su época, pero dando forma a ese amargo sentir y vago anhelo que late en el fondo de todo miembro de su sexo, ve su emancipación obra exclusiva de una superior instrucción”.

Capítulo 2. Lecturas intelectuales o abstractas

pacio público en el que solo aun tímidamente había comenzado a entrar a finales del siglo anterior –con el trabajo de la mujer de clase obrera, por ejemplo–, se desplegaron toda una serie de mecanismos destinados no solo a hacer real esta exclusión, sino a justificarla *racionalmente*.

Este despliegue de medios utilizados para mantener a raya cualquier intento por desarrollar sus facultades intelectuales puede comprenderse si tenemos en cuenta el miedo que subyace por debajo de este entramado. Es decir, si no se pretende re-modelar, re-definir, re-construir las reglas de un juego que se presenta bajo un dirección constituida bajo el signo lo *masculino*, no tiene sentido otorgar ninguna herramienta al jugador que, de antemano, necesita perder para sostener el escenario mismo.

Abrir las puertas del conocimiento a la mujer hubiese significado otorgarle un poder *performativo* capaz de modificar la realidad. Por lo tanto, si esta sociedad que margina a las mujeres no se hubiese sustentando en un relato –que se presentaba como *natural* y que no *admitía duda*– basado en el análisis de una naturaleza biológica impedida, la historia habría dado un vuelco. En otro sentido, pero igualmente útil a este respecto, investigando sobre la historia de la sexualidad, expone Foucault:

Pues, ¿acaso la puesta en discurso del sexo no está dirigida a la tarea de expulsar de la realidad las formas de sexualidad no sometidas a la economía estricta de la reproducción: decir no a las actividades infecundas, proscribir los placeres periféricos, reducir o excluir las prácticas que no tienen la generación como fin? (Foucault, 2005a: 37)

Partiendo de este esquema, nos preguntamos entonces: ¿no supone la puesta en discurso de la intelectualidad de la mujer una forma útil e institucionalizada de expulsarla del espacio público: negar su capacidad, *viciar* su inquietud, masculinizar su talento?

Estos mecanismos de poder utilizados para la exclusión parecen ser semejantes a los puestos en práctica, en este mismo siglo, para definir, tratar y aislar al leproso. Expone el mismo Foucault que las instancias de control individual –asilos, correccionales, hospitales, etc.– actuaron respecto al enfermo de doble modo. Por un lado, “el de la división binaria y la marcación (loco-no loco; peligroso-inofensivo; normal-anormal)” y, por el otro, “el de la asignación coercitiva, de la distribución diferencial (quién es; dónde debe estar; por qué caracterizarlo; cómo reconocerlo; cómo ejercer sobre él, de manera individual, una vigilancia constante, etc.)” (Foucault, 2005b: 203).

Podemos reconocer en estos modos de actuación los mismos procedimientos que hemos analizado en la narrativa propuesta. Cada uno de los autores se encargó de definir y marcar a la delincuente, la anormal, la marginada, la repulsiva y, por ende, la excluida. A través de la ridiculización, la masculinización o la de-

rrota, el lector o la lectora pueden percibir perfectamente que la intelectualidad en la mujer no es más que un camino hacia los márgenes de la sociedad.

Por lo tanto, el principal logro de estos autores parece haber sido el de hacer visible *a la otra*. A través de su obra, el pecado parece tomar forma de personaje. En estas representaciones, se marca, se denomina, se configura lo *anormal*: “Todos los mecanismos de poder que, todavía en la actualidad, se disponen en torno de lo anormal, para marcarlo, como para modificarlo, componen estas dos formas, de las que derivan de lejos” (Foucault, 2005b: 203).

Siguiendo al mismo autor, observamos cómo el panóptico parece ser “la figura arquitectónica de esta composición”. En ella, el loco, el enfermo o el delincuente es “visto, pero él no ve; objeto de una información, jamás sujeto en una comunicación”. El paso hacia la individualidad del prisionero supone “una colección de individualidades separadas” y, como resultado, el guardián ya no se enfrenta a una masa ingente y descontrolada, sino a “una multiplicidad enumerable y controlada” (203-204). Por lo tanto, en ese punto se comprende el mayor efecto del Panóptico: “inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder” (204).

Esta visibilidad constante provoca otro de los efectos más importantes en relación al objeto de estudio: la desindividualización del poder. El estado de exposición permanente a la mirada ajena tiene como resultado que “un individuo cualquiera, tomado casi al azar, puede hacer funcionar la máquina: a falta del director, su familia, los que lo rodean, sus amigos, sus visitantes, sus servidores incluso. (205)

Este punto nos lleva a una segunda realidad igual de importante, dado que muchas mujeres contribuyeron al mantenimiento de este sistema. No solo asumieron como legítimo este discurso, sino que defendieron a ultranza la ideología que les atrapaba. De esta tarea –en el terreno de las letras– no se encargaron únicamente las escritoras de la domesticidad sino que, al mismo tiempo, aparecen reflejadas en diversos personajes ficcionales –véase a la citada Irene–. Ellas se doblegaron a ser el objeto de la mirada masculina, a dejar dirigir su conducta y, por esta razón, se convirtieron en otro de los celosos guardianes del patriarcado.

Pese a ello, el sistema fue frecuentemente puesto en tela de juicio. Las dudas que se cernían sobre este entramado son percibidas por los propios autores escogidos que, de manera consciente o inconsciente, presentaron personajes femeninos con una complejidad que alcanzaba la transgresión. Al construir estas heroínas marcadas por su inteligencia, no solo hicieron visible lo *marginal*, sino también la falacia en que se sustentaba el discurso.

Heroínas como Tristana o Gloria ponen de manifiesto la injusticia de una realidad que las coarta injustamente. Y es que, si Gloria posee una naturaleza intelectualmente inferior a la de su padre, ¿cómo consigue superar su fanatismo

Capítulo 2. Lecturas intelectuales o abstractas

entonces?. O, por otro lado, ¿por qué Tristana explicita que sus obstáculos para entrar en el mercado laboral son únicamente fruto de sus deficiencias educativas y no de las características inherentes a su sexo biológico?

Es decir, pese a una posible intención autorial que utiliza al personaje como medio o instrumento para proscribir una reformulación de las premisas de actuación de una mujer, no pudieron evitar, al mismo tiempo, destapar los frágiles pilares en que el juego se basaba. Y es, en este punto, donde el personaje parece regodearse en ese *mentís* a sus creadores del que trata Martín Gaité (1988: 72).